



GRACIAS SEÑOR...

Nunca dejemos los amantes de la naturaleza, en nuestras oraciones, de agradecer a Dios, el inmenso favor de habernos dotado, de la suficiente sensibilidad para captar en nuestro espíritu, las maravillas con que nuestra tierra amada fué creada. Maravillas, que nos atraen y a las que acudimos en cuanto nuestros deberes para con Dios y para con el prójimo nos lo permiten, dejando las ciudades, donde una gran parte de la humanidad, atando las alas del espíritu, ansioso de altos vuelos, se arrastra tras las felicidades efímeras y falaces de este mundo, formando como un gran río oscuro y pestilente, canalizado en las costumbres de nuestra época. ¡Masa materialista! ¡Carácter de nuestro siglo!

¡Desdichados aquéllos, que no elevando su espíritu a las sublimes regiones del "Amor de los Amores" se dejan llevar por esta fácil y rápida corriente, cuya meta se vislumbra allá, en el oscuro hoyo de una cloaca.

Gracias Señor, por habernos enseñado el escabroso, pero radiante camino que conduce al maravilloso templo de la naturaleza.

La frondosa o desnuda montaña, se ha convertido para nosotros en una bienamada. Amor que cuando a ella acudimos, nos recibe amorosa en su regazo. En nuestros momentos de tristeza nos consuela con sus inigualables encantos, y en nuestras alegrías nos acompaña con su oculta sonrisa.

¡Oh Bienamada! ¡de hermosura original y sin parangón, libre en tus formas de los trabajos de la profana mano del hombre!, permite escalemos tu esbelto busto para llegar a la altura de tus peregrinos labios y en hollándolos con nuestros castos y suaves ósculos de pensamientos e ilusiones, alcancemos tu cumbre, saciando en ella nuestra sed de lo infinito.

Gracias Señor, porque por esta nuestra afición podemos contemplar en éxtasis glorioso las prendas de amor infinito que derramando Vais por el mundo. Prenda de vario colorido y singular belleza, admiramos por la suntuosa primavera, en nuestros bosques y praderas. Reflejos de plata responden en loor de Dios, los divinos adornos de granito y caliza de nuestras montañas, en verano. De melancolía y tristes matices, con sabor de misterio, colmasteis en el otoño a nuestra amada, y en el invierno de albino e inmaculado manto la cubristeis, para que así pudiésemos diferenciar el color blanco del negro.

Gracias Señor, por haber dotado a nuestra amada de tales singulares y emotivas prendas, prueba de Vuestra Misericordia infinita en este valle de lágrimas, y origen de nuestros pensamientos sublimes.

Amada sierra, que al cielo
donde el Señor está, subes
derrite de mi alma el hielo
quita a mis ojos las nubes
y en suavísimos albores
muestra el camino a seguir
por el cual llegue al morir
al "Amor de los Amores".

TIMOTEO
G. M. Juventus..